

XIV CONCURSO ESCOLAR DE NARRATIVA 2013

PRIMER PREMIO. CATEGORIA 15-18 AÑOS

LUZ VILLALTA LÓPEZ (BARBASTRO)

Buenas noches, Nueva York.

Con mucho cariño, a todos los que

nunca lleguen a leer esto y a los que sí,

a mis abuelos y a la perfecta ciudad de Nueva York.

Solo quieres salir corriendo. Irse de aquí, muy lejos...donde nadie te vea, donde nadie te escuche, donde nadie sepa de ti y donde puedas empezar otra vez. Tan solo salir a toda prisa de lo que fuiste. Como volver a nacer, como volver a existir. Cambiarlo absolutamente todo.

A lo mejor esa fue la fuente de mi éxito. El intentar huir siempre me dio alas para seguir aquí. Aquella constante pesadilla a la que llaman vida me hacía ver las cosas de diferente manera. Me impulsaba a hacer algo muy grande que a nadie le gustaba pero a todo el mundo le encantaba. Nunca me consideré escritora, tan solo descriptora de vidas. Escribir es lo único que me salvó, que me sujetó los pies al suelo antes de echarme a correr y huir muy lejos. Tenía demasiado que perder y demasiado que ganar a la vez, pero escribir... la escritura era lo único que me mantenía cuerda y lo más importante, sobria.

Mis ganas de escapar nacieron un 22 de julio del 97, era el día siguiente a mi nacimiento, mi primer día de vida. Ese día descubrí inconscientemente que si no brillaba en mi vida no sería nada.

Nací siendo la séptima y última hija del matrimonio William, una familia adinerada de Manhattan. Mi madre era Rose y mi padre Petter. Me querían pero eran básicamente dos extraños que me daban de comer y me vestían, a veces me leían un cuento o me daban un beso, pero estaban más ocupados con sus relaciones sociales en el club de campo que de sus hijos. No disimulaban ni escondían que yo fui un error, fui tan solo "el día que se me olvidó tomarme la pastilla "según mi madre. Mi padre tenía negocios en Nueva York, aunque originalmente él trabajaba en un despacho como abogado. Mi madre era periodista, pero cuando tuvo a Tom, el primogénito de los William, dejó de ejercer. Encabezando la lista estaba, como podéis adivinar, Tom, mi hermano mayor del que tengo muy pocos recuerdos, cuando nació él ya estudiaba medicina en Harvard, le veía a veces para Navidad. Le seguían Harry y Petter que sólo se llevaban 10 meses y tuvieron la suerte de nacer el mismo año, con lo cual eran como gemelos. Harry se fue a estudiar cuando yo era pequeña y Petter se sabe que vive con su mujer en Argentina. Y finalmente vienen los trillizos John, Charly y Bruce con quienes me crié aunque me sacaban 7 años de diferencia. Esta era mi familia, yo la única chica.

Conforme fui creciendo me iba dando cuenta de lo poco que me entendían los humanos. La única persona que me entendía, que me comprendía y veía en mí un

espíritu libre y vividor, no era humana, era como un ser sobrenatural, como un ángel, él era mi abuelo materno. Él fue quien me crió y me enseñó todo lo que sé. Mientras mis padres no se acordaban a veces de cómo me llamaba, mi abuelo sabía que odiaba que me llamasen Valentina, yo era Valen:

-Leo, ¿yo quién soy?

-Tú eres Valen ¡y que se prepare quien te llame Valentina!

Y yo era la única de mis hermanos que sabía que él odiaba la palabra abuelo, él era Leo para los amigos y Leonardo Gibson para los conocidos. Así nos llamábamos. Valen y Leo almas unidas por algo más que genética. Es algo que nunca supe describir, es como creer, como tener fe, puedes pensar que Dios existe o que no pero no hay pruebas que demuestren que así es o que así no es. A Leo y a mí nos unía algo más que los genes, era una mirada, un sentimiento, una forma de ser, era algo.

Odiaba la casa de mis padres, solo podía ver el horrible edificio de delante, lo cual no dejaba volar mi imaginación. Además mis padres casi no me dejaban pisar las calles de Nueva York, sólo iba al colegio o al club. Leo me visitaba con frecuencia. Aunque todavía fuera una niña y tuviera una considerable falta de afecto, me daba igual, no me importaba que mis padres me ignorasen, tenía a Leo y él me comprendía. Leo vivía muy cerca de nosotros y el primer día que pisé esa casa fue cuando me empecé a enamorar de aquella ciudad donde vivía, tan desconocida y extraña para mí. Era simplemente perfecta. Esa ventana. Esa enorme ventana. Pasaba horas mirando por ella. Central Park era demasiado hipnotizante, era demasiado perfecto. Las noches que me dejaban en casa del grandpa eran noches de no dormir, me tumbaba en frente de aquella ventana con Leo y así pasaban las horas, como a cámara rápida, las estrellas se movían y Leo me explicaba cómo se llamaban, los árboles acariciaban el ambiente, las personas adornaban las calles, la luna nos amparaba a todas aquellas noches.

Yo era de esas chicas que se enteraban de absolutamente todo, porque yo lo vivía todo. Cuando cumplí 10 años mis padres ya me dejaban ir sola hasta casa de Leo. Y entonces, Leo y yo cogíamos el metro y recorríamos todo Nueva York. Con esa corta edad ya había vivido miles de cosas... Yo vi como dos aviones se estrellaban en las grandes torres, como la gente gritaba, como las cenizas bañaban Nueva York, como la gente se quedaba sin sus seres queridos, como se derrumbó todo en unos minutos. He vivido terribles accidentes de aviones como aquel trágico Vuelo 587 de American Airlines. He vivido terribles luchas políticas. He visto como nos quedábamos a oscuras

y como casi hay que salir a la calle en barca. Pero simplemente, por aquello mismo, por ir en busca de la aventura que más daba el distrito, era una ciudad demasiado perfecta para negarme el derecho a visitarla. Leo vivía enamorado de ella también. Leo era un enamorado de la vida, simplemente amaba todo lo que hacía. Le encanta saludar y sonreír a todo el mundo, le encantaba separar peleas y reconciliarles, si iba a por el periódico volvía con una flor pero sin él, probablemente se lo habría dado a algún mendigo y para que no te enfadases, te regalaba la flor. Si veía a alguien llorar, le preguntaba y animaba sin ningún tipo de vergüenza. Amaba dar paseos por la costa y observar los atardeceres que según él "estaban infravalorados". La música guiaba su vida. Vivía por impulsos. Si algún día quería cruzarse EEUU, se ponía a hacer dedo hasta conseguirlo. No se rendía jamás. Pero desgraciadamente también amaba la vieja taberna White Horse, el tonic and gin y a la camarera.

Todas las tardes recorríamos la misma rutina y no os penséis que porque fuera siempre igual me aburría. Todo lo contrario, me encantaba. Al salir del colegio venía Leo a buscarme y emprendíamos nuestra habitual excursión, primero un largo paseo por Central Park, luego andábamos hasta cansarnos por toda la 5ª avenida y cuando no podíamos más cogíamos el metro hasta la estatua de la libertad a las orillas del Hudson. Era fascinante aquella estatua. Es gracioso que por aquel entonces conociese mejor el significado de la palabra libertad, que como luego la viví o la sentí. Después cogíamos un metro hasta the Times Square donde encontrábamos algún vendedor ambulante de cualquier clase de comida rápida y calórica que tomaríamos por cena mientras seguíamos paseando. Probablemente cada día conocíamos a algún tipo haciendo cualquier virguería, desde imitar a Elvis Presley hasta haciendo de exhibicionista. Y luego íbamos al bar, donde no os creáis que no me gustaba ir, todo lo contrario, me encantaba. Adoraba escuchar aquellas viejas historias de amor, de risa o de miedo que los borrachuzos que aliviaban sus penas en alcohol me contaban. Pero sobretodo adoraba las historias de Leo. Aquella... la de cómo conoció a mi abuela, esa me ponía la piel de gallina y me teletransportaba, esa era perfecta.

Leo luchaba por los Estados Unidos como marine de la armada y siempre que le daban permiso para estar por la ciudad no dormía apenas. –“Quién iba a poder dormir teniendo la ciudad que nunca duerme a tus pies”- Pasaba horas recorriendo la ciudad de punta a punta con su impecable traje blanco de marinerito haciendo que todas las señoritas soltaran algún que otro suspiro al verle pasar, iba provocando a todo lo que se le cruzaba por delante e incluso a la ciudad.

Corrían los años 40 y por aquel entonces la vieja taberna White horse era un fantástico pub muy de moda, frecuentado por celebrities y gentes de altos vuelos. Él y todo su escuadrón de compañeros decidieron ir a beber sin sed una noche allí. Entraron todos en fila, muy puestos, con su pañuelo negro al cuello, su sombrerito y su pulcro uniforme blanco que, si me permiten la objeción, era realmente sexy.

Se sentaron en la barra y Leo pidió un gintonic. Los más espabilados y solitarios se marcharon los primeros y los más hambrientos de un poco de amor se quedaron, la soledad era muy común en sus vidas.

Leo llevaba uno, dos o tres gintonics de más cuando a su lado amaneció una mujer que pidió un Martini. Leo no podía dar crédito. Era la mujer más bonita que había visto jamás. La señorita cogió su Martini y pegó un trago largo, seguidamente sacó un cigarro de su respectiva caja y se lo metió en la boca, cuidadosamente lo prendió, pegó un par de caladas y se lo sacó de la boca sosteniéndolo con dos dedos, levantó la cabeza, miró el techo y expulsó lentamente todo el humo de aquellas primeras caladas. Al hacer esto, el pelo se le retiró hacia atrás consiguiendo que Leo pudiera observarla bien. Leo se había perdido entre sus caderas y sus ojos. Esa melena ligeramente ondulada tan oscura y larga, esos dulces ojos negros, esos carnosos y carmines labios. Pero sobre todo, aquella sonrisa.

Leo no sabía si fue porque era la señorita más bonita del mundo o porque su amigo Lenny iba con la intención de “levantársela” pero sin pensarlo le soltó:

-Señorita, usted aún no lo sabe, pero algún día me casaré contigo.

Entonces Leo empezó a tiritar y se dijo a sí mismo “Leo eres tonto. ¿Por qué le dices semejante mamarrachada? Se va a espantar” Entonces empieza a ponerse morado, todo se le paraliza, tan sólo tiembla. La señorita toma otra calada de su cigarro y le suelta todo el humo en la cara a Leo muy suavemente. Entonces Leo agacha la cabeza se sacude la nariz con la mano y empieza a reírse:

-¿Me estás provocando?- Le sugiere Leo. Y entonces, de repente la señorita grita:

-¡Dani!

Leo empieza a ponerse blanco, a juego con su uniforme. Su corazón palpitaba tan fuerte que parecía que se iba a cansar de latir en cualquier momento. Su cabeza se inunda de pensamientos “Dani será su novio, alto, fortachón, robusto y con ganas de gresca” “me va a matar” Pero entonces, en vez de aparecer un hombre tal como había imaginado, aparece una chica.

Leo vuelve a respirar de nuevo.

La señorita empieza a hablarle a la tal Dani en italiano. Dani se gira y le dice a Leo con un notable acento italiano:

-Hola, soy Daniela, la amiga de Valentina, la señorita de tu lado. Aún no conoce perfectamente el idioma por tanto me pide que te diga que le repitas lo que le has dicho pero más simple.

-Vale yo me encargo.- Suelta Leo sonriendo a Valentina a lo que ella misma responde:

-Por favor, llámame Valen.

-A mí puedes llamarme Leo.

Dani se marchó y se quedaron los dos solos hablando, riendo y bebiendo hasta altas horas de la noche. Cuando cerró el pub decidieron ir a dar un plácido paseo por Central Park, "todo era perfecto, aquella noche todo me resultaba más bonito de lo habitual"

Leo y Valen se casaron poco tiempo después.

Valen era mi abuela y se llamaba Valentina, como yo. Lamentablemente se murió antes de que la pudiera conocer, pero Leo siempre me decía que era una persona maravillosa. Esta historia siempre acababa con un "te pareces mucho a tu abuela, Valen" Lo cual me hacía sentirme muy orgullosa y afortunada. Todo el mundo en aquel bar que conocía a mi abuela siempre me decían que era su vivo retrato. Incluso algún crédulo afirma que soy su reencarnación.

Adoraba tales expectativas en aquel bar.

Allí no solo aprendía buenas y errantes historias. Allí aprendía un modelo de vida. Allí aprendí la base de todo lo que sé y de todo lo que soy. Mi abuelo era endiabladamente listo y él me lo enseñó todo. Yo crecí entre gintonics, tabaco y música de los Rolling Stones. Aquellas canciones, ya pudieran ser de los Eagles, Elvis Presley, Carlos Santana, Mark Knopfler, Guns and Roses... todas hablaban de ello, de una forma de vida al límite. De que sólo se vive una vez, que es necesario tatuarse "Carpe Diem" para cumplirlo todos los días. Que todo se ve mejor cuando llevas algo de más. Que el amor existe, pero no sabemos dónde. Que nuestras vidas son almas perdidas en algún lado o que la tierra es el infierno donde habitan todas las almas que han sido malas, y esta es nuestra penitencia, la de vivir aquí. Al fin y al cabo la luz que vemos al

final del túnel al dejar esta vida, es la luz que apreciamos al nacer en la nueva vida. Esa quería que fuese mi vida. Yo quería ser una chica rollin', una chica que se tragase todos esos rollos, la que nada le importa, la que es indestructible.

Durante mi pubertad mi abuelo me fue moldeando. Era una mezcla entre mi abuela y una rockera de los 80. Adoraba tener esa cultura musical y adoraba aquellas historias.

Recuerdo el peor día de mi vida días antes de cumplir los 15, Leo volvió del médico con unos resultados en la mano. Tenía cáncer. Me explicó que por suerte no estaba muy avanzado y que aún me quedaban bastantes años más para aguantarle. Aparentemente no parecía grave, Leo seguía igual aunque nuestros paseos disminuyeron. Leo creía que ya tenía edad para conocer la ciudad sola y así fue. Empecé a enamorar a Nueva York yo solita.

Solo tenía 15 años cuando empecé a brillar aunque yo soñaba con tener 21. No tenía edad para beber pero por ahí me veían pasar con una bolsa de papel marrón simulando que dentro llevaba una cerveza e iba pegando un sorbo de vez en cuando llevando en vez una cola-light. No tenía miedo a cruzarme la mirada con nadie, yo seguía caminando y aguantando la mirada con superioridad a todas aquellos ojos que no eran pocos, expectantes y babosos que me veían pasar. Todo tipo de público me observaba a mí, a aquella chica que se creía mayor de edad y si pasaba por tu lado podías notar cómo su orgullo te pinchaba y te atravesaba. En cuanto veía un policeman, me bajaba mis gafas negras como la noche a lo aviador que me tapaban casi media cara, sacaba de mi bolsillo un zippo y con cierto garbo encendía la llama que protegía con su mano mientras en su boca sostenía un cigarro que prendía rápidamente, acto seguido acompañaba al policeman con la vista hasta que ya no lo veía y entonces me giraba, y sin que nadie me viera, apagaba el cigarro y tosía un rato. Qué más daba Brooklyn, Manhattan, Queens, Bronks o Staten Island, yo caminaba con mis tejanos rotos, con mis altísimos tacones, con aquella camiseta de la gira de 1982 American Tour de The Rolling Stones y la chupa de cuero, como solía hacer con Leo. Cogía el metro y no siempre legalmente y me movía por mi ciudad. Conocía todos sus entresijos, todos sus rincones, sabía disfrutar de Nueva York al límite de la ley. Me encantaba vacilar a los policías, a las personas de allí, me encantaba vacilar a NY en general. Todas aquellas miradas me alentaban a salir día sí, día también. A hacerme la Rolling Stone con 15... Digo 21 años, observada por la poli y sospechada y codiciada por todos. Mi vida tenía banda sonora "Doom and Gloom" de los Rolling Stones y además era perfecta. Vivía al ritmo de esta canción y con todos los efectos que ella provoca. Al fin

y al cabo lo único que sabía y conocía era aquello, mi abuelo me había evocado a sentirme así de grande.

Entonces cogía el metro dirección Manhattan a las 22.30 pm, Leo me llamaba por teléfono, preguntándome dónde estaba pues estaban a punto de empezar a contar historias sin mí. Puestas en mí más miradas aún que se me comían y otras tantas que me odiaban. Me bajaba en la 54 con Lincoln Square, muy cerca del White horse y no se sabía nada más de mí hasta la mañana siguiente, que volvía a salir con mi bolsa de papel, mi zippo, mi cigarro, mi camiseta ahora del 69`European tour, mi chulería, mis ganas de vacilar y mis técnicas de enamorar a la ciudad. Por mucho que quisiera tener 21 años y poder beber, tenía 15 y no podía conducir. Por mucho que quisiera ser una Valentina Gibson, todavía seguía siendo más una Valentina Williams.

Un día en el bar, escuchando una repetida historia del viejo Phil, tuve una idea enorme. Una idea que definitivamente me haría brillar. La que alentó mis ganas de escapar más adelante.

Tan sólo empecé a escribir...

Aquello me hacía enorme. Una hoja y un bolígrafo me hacían sentir todo lo que pudiera imaginar.

Según Leo y mis padres, lo que escribía era bueno pero tenía que encontrar la forma de que todo el mundo me leyera y pasé del papel y el boli al espray de grafiti e internet. Así se iba a enterar hasta China. Así sucedió todo...

Por las noches yo, Leo y algunos hombres del bar íbamos a alguna fachada de alguna casa, algún punto clave donde se pudiera fijar todo el mundo, como Times Square, Central Park... ya sabéis a qué me refiero. Entonces, a altas horas de la noche y burlando a la policía, cogía un espray de pintura y empezaba a plasmar alguna de estas historias de amor que había oído en el White Horse y claro está, no ponía el final sino la dirección de mi blog donde solo si entraban podrían descubrir el desenlace de la historia. Al final firmaba como la señorita, el apodo de mi abuela, en su honor.

Rápidamente tuvo muy buen resultado ya que a la mañana siguiente 15.000 personas habían averiguado cómo acababa la historia.

Entonces me sentía enorme, estaba haciendo algo que a la gente le gustaba y a mí también. No hay mayor sentimiento que ese.

Nuestras pequeñas aventuras con la peña del White Horse no acabaron en Central Park, sino que fuimos más allá. Nuestro próximo objetivo: La Estatua de la Libertad. Yo la quería demasiado para poderla ensuciar así que por tanto hicimos una enorme pancarta en la que solo pude poner el título de la historia y mi firma. Aunque realmente no hacía más falta, por aquel entonces ya todo el mundo conocía mi movimiento, La señorita entraba en acción.

La entrada se titulaba “Un Martini para la signorina”

Esta era la fastuosa historia de cómo conoció Leo a mi abuela y fue esta historia la que atrajo a los medios y a las editoriales.

Un día me levanté, salí a la calle de nuevo con mi camiseta de los Guns and Roses y mis ganas de titubear a mi querida Nueva York, pero al abrir la puerta lo que descubrí fue tan solo un montón de periodistas que no me dejaban ni andar ni respirar. Todos los medios estaban detrás de mi movimiento que se estaba extendiendo en medidas desmesuradas. El impacto mediático fue enorme. Intenté llamar a Leo pero antes de poder responder a ese “¿Qué ocurre Valen?” me caí al suelo redonda entre la multitud de periodistas que me intoxicaban a preguntas. No sabía cómo habían descubierto que era yo la señorita, pero os puedo asegurar que desde ese momento se me subió la fama a la cabeza.

Mi próximo recuerdo fue estar en el hospital. Recuerdo ver a mi madre llorando y a Leo muy preocupado. Cuando desperté miré hacia los lados analizando dónde estaba y en vez de preguntar qué me había pasado me dirigí a Leo:

-Leo, ¿Quién soy?

-Tú eres Valentina, joder Valentina Williams.

-Me parece que no entiendes lo que te pregunto- recriminé yo.

-Me parece que tú no entiendes la vida.- Me respondió él.

Le sonreí irónicamente pero él, se derrumbó.

-Cariño, tienes el síndrome de inmunodeficiencia adquirida.- Me dijo mi madre secándose las lágrimas e intentando calmarse un poco.

-Valen, tienes SIDA.

Entonces yo me quedé paralizada y solté un: “guay”. Estaba claro que aún no sabía las consecuencias de tener esta enfermedad.

-¿Cómo que guay?- soltó Leo

-Mira al mismísimo Freddie Mercury, tuvo VIH y ha triunfado.

-Y todos han muerto...- susurró Leo con la intención de que no le oyese.

-¿Acaso voy a morir hoy?- Dije yo

-Tú no vas a morirte Valen, y menos hoy. Porque las buenas personas se mueren de noche y ahora son las 3 del mediodía.- Y entonces reí.

Por alguna extraña razón tener sida no me resultaba una carga. Yo ahora tenía lo que tantas veces había soñado. Unos periodistas que me siguieran el culo a todas horas y unas editoriales dispuestas a pelearse por mí.

Pasé un par de días más en el hospital, todos los médicos me intentaban mentalizar de lo que conllevaba tener sida, pero a mí me seguía pareciendo un requisito para llamar la atención e incluso una parte que me ayudaría a triunfar.

Cuando me encontré ya fortalecida, agarré mis ganas de negociar mi futuro y mis ganas de escribir, como quien se agarra a la vida cuando está al borde de la muerte. Y salí del hospital, donde todos mis queridos periodistas aguardaban ansiosos noticias mías.

Adoraba esa maldita vida, no poder dar un paso sin alguien que te pregunte por tu próximo escrito o si les podías firmar un autógrafo. Pero algo era sagrado en mi vida: a las 22.30 todos los días en el White Horse.

Leo me ayudó a negociar con las editoriales y nos acabamos decidiendo por una agencia editorial llamada The Croce Agency. Me proporcionaba un sueldo con muchos ceros al año a cambio de una historia mensual.

Leo estaba orgulloso de mí, lo podía notar en su mirada. Sus ojos se volvían brillantes e incluso vidriosos cuando me miraba. Sonreía todo el tiempo y ya casi ninguno de los dos nos acordábamos de su cáncer.

Yo sabía que tenía que brillar y con tan solo 15 años, me había fichado una editorial, era mundialmente conocida y me habían arrestado ya 2 veces. Pero aun así, Leo estaba muy orgulloso de mí.

“Ahora sí que eres una Valentina Gibson”

Pero eso de ser mi ídolo, la mismísima Valentina Gibson duró poco... al cumplir los 21, mi cuenta en el banco tenía más ceros que... yo que sé qué. Estaba demasiado ocupada bebiendo.

Ahora tenía 21 y podía beber legalmente pero seguía sin poder conducir, ya que me retiraron el carnet por conducir, para decirlo suavemente, chutada de coca hasta arriba. Me cambié el apellido Williams, por el de mi abuelo, ahora era Valentina Gibson, como mi abuela. Pero todo en lo que me parecía a ella, había desaparecido, solo me quedaban sus ojos, su pelo y su sonrisa, aun que yo seguía creyéndome tan dulce como la original Valentina Gibson.

Mi vida se convirtió en una espiral de droga, alcohol, sexo y rock and roll. Lo que se dice la mala vida, pero peor.

Mi vida soñada. Quizás todo aquello era lo que daba chispa a mis historias ya que necesitaba nuevas fuentes de inspiración. Poco a poco, a lo largo de los años la pandilla que me mantenía de niña despierta todas las noches con sus magnificas historias, había ido muriendo, quedando sólo Leo y dos o tres más, que no tenían nuevas historias que contar. Así que eso de quedar a las 22.30 en el White horse era muy de vez en cuando, y lo hacía para visitar a Leo, a quien ya no veía casi nunca. Estaba demasiado ocupada intentando conseguir algo que me pudiera colocar o emborrachar mientras sostenía un boli en la mano, esperando a que me llegase para mí el subidón y para vosotros la "inspiración". Daba igual donde estuviera y si no tenía papel, escribía en la pared, y si no tenía bolígrafo me pinchaba los dedos para escribir con sangre.

A mi jefa, Mrs. Dorothy, no le importaba en absoluto, lo único que le gustaba eran mis historias descriptoras del caos que era mi vida, que afortunadamente se vendían y se leían, y aquello era lo único que le importaba. Ya podía llegar yo, bebida, fumada o sin pantalones, que mientras llevase conmigo una historia firmada por la señorita, le daba completamente igual mi estado.

Un día Dorothy me pidió ir a una especie de cóctel de noche, para relacionarme con más escritores de otras editoriales, y me pidió que fuera decentemente vestida y sin ninguna sustancia espirituosa en el cuerpo.

Aquella noche, salía de mi enorme pero vacío ático con vistas a mi queridísimo Central Park, como una estrella de cine. Había sustituido mi camiseta de los Guns and Roses

“sweet child of mine” por un deslumbrante vestido negro, unos altísimos tacones, mi melena un poco ondulada, suelta, larga y despeinada. Y mis labios rojos que dejaban apreciar una enorme sonrisa contagiosa. Aquella noche sí que era el verdadero retrato de Valentina Gibson, la Monroe o la Hepburn lo tenían crudo a mi lado.

Tan sólo me faltaba la actitud dulce y genuina de la verdadera Valentina Gibson.

Al pisar la calle me invadieron, como de costumbre, los paparazis y los flashes. Llegué al cóctel sólo 1 hora tarde, lo que para mí ya era un record. El cóctel transcurría como siempre, aburrido. Después de hablar un poco con otros escritores sobre sus optimistas visiones sobre su futuro y aguantar todas sus arrogancias, salí a una magnífica terraza, desde la cual podías observar todo Nueva York, a fumar un poco y relajarme.

Encendí suavemente mi cigarro y después de dar unas pocas caladas levanté la cabeza para soltar el humo haciendo que mi pelo se retira hacia atrás. Cuando de repente escuché un susurro en mi oído:

-Nueva York es casi tan precioso como tú...-

Entonces yo me giré y le solté todo el humo de mi boca en su cara. Era un chico excesivamente guapo. Tenía unos ojos marrones enormes, muy profundos y chocantes. Una sonrisa perfecta. Bastante alto para ser de Nueva York. Se me ocurrió que podría ser argentino. Es más, gracias a esta primera impresión meses después gane un premio muy importante por "Primeras impresiones", pero esto es otra historia. Él empezó a temblar. Y yo le respondí:

-No me digas estas cosas, que me enamoro.

-¿Cómo te llamas?-

-Valentina, pero llámame Valen.-

- ¿Valentina? ¿Valentina Gibson? ¿La escritora?-

-Me temo mucho que así es... ¿y tú?

-Yo soy William, periodista del New York Times, puedes llamarme Will.

Entonces él me sonríe y yo le correspondo. Qué casualidad. Ahora sí que era Valentina Gibson.

-Que aburrimiento de cena, este tipo de eventos son detestables.- Le suelto yo.

-Vámonos.- me incita él y se incorpora a la escalera de incendios.

Me da la mano y me dice "ven". Bajamos 12 pisos hasta poder pisar el suelo. Fuimos a pasear por Central Park y se nos ocurrió hacer una estupidez que acabó en tatuarse la primera tontería que nos vino a la cabeza. Yo me tatué "A martini for the signorina" en el pecho y el "Who Killed the Kennedys?" Aunque fuese estúpido quedaba precioso. Yo sabía que él era él, ya sabéis, esa persona que describen en las canciones, aquella que crees que es con la que quieres morir y él sabía que yo, pero había algo que se intervenía entre nosotros, algo de lo que no me había dado cuenta hasta que ya fue demasiado tarde.

Gracias a Will, mis antiguas adicciones habían disminuido y un día, paseando de noche por Nueva York, Leo se arrodilló y me pidió casarme con él. Yo ni lo dudé. "Claro que quiero mi vida" Nos conocíamos desde hace un año, pero fue suficiente para enamorarnos y para...

Y para morir. O para matarlo.

Nuestra boda, queriendo que fuese sencilla acabó siendo enorme. Se ofició en la Catedral St. John Divine. Allí estaban todas las celebrities del momento. La mía era una de las bodas del año. Yo estaba preciosa y Will nervioso, pero también estaba muy guapo, como de costumbre. Esos enormes ojos oscuros. Me miraban mientras entraba por el paseo antes del altar. En vez del típico Canon de Pachebel sonaba "Satisfaction" y me imagino que ya sabéis de quién. Esos ojos que se me comían me decían "Nena fuguémonos". Yo le sonreí pícaramente y cuando el cura anunció su típica frase "Yo os declaro marido y mujer" Will me agarró, me cogió en sus brazos y echó a correr. "Novios a la fuga" "Dando la nota" fueron unos de los titulares del día siguiente.

Os contaría como fue nuestra luna de miel haciendo la Ruta 66 y en las Vegas, pero es demasiado íntimo.

Nuestra vida de casados era maravillosa, muy carnal y pasional. Hacíamos duelos de escritos y nos enfadábamos. Él era la razón por la que le di puerta a mi camello, por la que me hice abstemia, era la razón que la vida me había dado para seguir cuerda.

Una mañana me desperté y encontré a mi lado, en la cama a Leo moribundo. Tenía una pulmonía terrible y enseguida fuimos al hospital.

Will no había tenido ningún síntoma antes, pero cuando el médico me dijo que tenía SIDA se me echó el mundo encima. Yo le había contagiado el VIH hacía ya mucho

tiempo sin habernos dado cuenta, y sin la medicación adecuada, Will era casi ya insalvable, su enfermedad estaba demasiado desarrollada y se le iba comiendo día sí, día también. Le dieron 3 meses más que se convirtieron en 2. Yo, sin dejarle ver lo mal que estaba, pasé hasta el último minuto de su vida a su lado. La despedida fue triste, él me perdonó y se fue al cielo tranquilo, la que quedaba en la tierra era yo, la que tendría que vivir con el tormento y la tortura de aquello todos los días.

-Nena, pon música.

-¿Qué quieres que ponga?

-Pon algo estúpido, como nuestros tatuajes.- Entonces yo puse un estúpido tango.

La única y tenue luz que entraba por la ventana de la habitación del hospital era la iluminación perfecta para aquella escena, parecía el guión de una película que nunca se llevaría al cine. Era un día gris. Las nubes lloraban.

Leo con sus últimos esfuerzos se levantó despacio de la camilla y resoplando agarró su gotero. Tomó aire y me preguntó:

-¿Sería tan amable de acompañarme en mi último baile?

Yo le agarré enseguida porque sus piernas le fallaban. Y le afirmé con la cabeza y una efímera sonrisa.

Con mucho esfuerzo y poco a poco, muy lentamente por aquella fría habitación nos movíamos bailando nuestro último tango.

Me agarró y con sus últimas fuerzas pegó mi cadera contra la suya. Se acercó a mi oído y me dijo:

-Eres perfecta señorita, te amo con toda mi alma y siempre lo haré. No te preocupes que nos veremos en el infierno porque tú eres igual que yo.-

-Dejémoslo en un hasta luego, mi vida.- Entonces yo, aguantándome las ganas de romper a llorar, le dije:

-Hasta luego, mi vida, te amo.

Y mientras la canción decía que “te tengo que decir algo estúpido como: te amo”, él, cerró los ojos y como si se quedara dormido, dejó de respirar.

Entonces todas mis adicciones volvieron multiplicadas, mi pasado volvió para enfrentarse con mi vida, me auto despedí de la editorial, dejé de escribir y me intenté suicidar en repetidas ocasiones.

“Solo quieres salir corriendo. Irse de aquí, muy lejos...donde nadie te vea, donde nadie te escuche, donde nadie sepa de ti y donde puedas empezar otra vez. Tan solo salir a toda prisa de lo que fuiste. Como volver a nacer, como volver a existir. Cambiarlo absolutamente todo.” Pero no puedes. Tu pasado y tu presente, al igual que los reporteros, te persiguen noche y día.

Lo que yo no me había dado cuenta es que tenía una habitación fija en el Hotel California, cuando entras ya no puedes salir. Debía comprender que no me iba a poder librar de mi vida tan fácilmente, no me podía liberar de mí tan fácilmente. Tenía que atar cabos sueltos en mi vida.

Hablaba con alguien, pero no había nadie. Lloraba con la cara tapada para que nadie me viese, pero no había nadie, tan solo el recuerdo, el maldito recuerdo de lo que fue y de lo que fui, la terrible sensación de echar de menos tanto a alguien que incluso te duele, una tortura personal que te va devorando poco a poco. Le insultaba, pero no había nadie. Le gritaba pero nadie había.

De repente un silencio incómodo, un silencio sepulcral, dudo de si respiraba o no.

Me desplomé en la cama, y me pregunté a mí misma: ¿Pero qué estoy haciendo?- Entonces cerré los ojos. La soledad empezaba a derivar en el delirio.

Subí la música hasta el volumen de no oírse pensar, eso era lo que me libraba de la soledad, la música tan alta disimulaba mis pensamientos. Los vecinos llamaban a la puerta para quejarse pero yo ni quería ni tenía ganas de abrir.

Así pasaban las horas, hasta que un día, mi mirada encontró a Will a mi lado en la cama. Realmente no había nadie, pero yo veía a Will. Notaba como sus brazos rodeaban mi cadera, como me apretaba contra él. Podía notar su fluida respiración en mi nuca y sus susurros en mi oído. Me giré y me acurruqué con él.

Con los ojos vidriosos le musité: ¿Por qué me haces esto?

Arqueé las cejas cuando me llegó la respuesta, y empecé a llorar como una descosida.

-Vas a acabar conmigo, ¿Lo sabes?

Él me preguntó: ¿Qué te pasa? ¿Cómo estás?

A lo que yo, me giré, le di la espalda y le dije - "No me pasa nada y me pasa de todo. No cuento las veces que me acuerdo de tí al día porque no puedo. No soy nada."

- "Simplemente te echo de menos, a ti, y a todo. Todo aquello a lo que solíamos llamar "lo nuestro". Echo de menos tu sonrisa, pero más la mía. Echo de menos que alguien me desee buenos días y buenas noches. No me acostumbro a no tenerte, no puedo, sin ti no hay yo. Sin ti no soy nada. Y ahora vete." -

- Nunca podré dejar de quererte y eso me mata. -

Y Will se marchó

Aquel día cogí un taxi, que por algo, no sé realmente el qué, pasó por todos los sitios que me habían marcado, desde el hospital donde nací, la Estatua de la Libertad, Times Square, Central Park, la Catedral St. John Divine, la casa de mis padres en la calle en la calle Rockefeller center, mi antigua casa en la Lexington Avenue, la casa de Leo en la Lincoln street y finalmente el White Horse. Me bajé de aquel inusual taxi, donde noté que una parte de mí se iba con él y una vez que me dejó en frente de la taberna, me quedé observando el taxi fijamente hasta que la ciudad se lo tragó. Estaba atardeciendo, y los últimos rayos de sol, melancólicos me cegaban la visión. Entré al bar. Allí estaba Leo, con su gintonic. Al verme, me abrazó muy fuerte y me tranquilizó.

Leo, poco a poco, me ayudó a vivir, aunque no tuviera ninguna gana de seguir. Me trasladé a su casa a vivir, lo cual me ayudó mucho.

Mis gritos y mis agonías nocturnas se hacían escuchar por toda la ciudad y Leo se quedaba en vela por mí. Es más Leo era quien me daba de nuevo bebidas espirituosas y pastillas sintetizadas, para que simplemente no pensara. Mis noches de "Some nights to remember and some nights to forget" se hacían más incontrolables cada vez. No quería seguir más en este mundo y veía que Leo también estaba ya muy cansado de todo.

Un día intentando olvidar lo que fui, abrí un cajón en la casa de Leo y antes de mirar lo que había dentro me quedé observando los diversos cortes y pinchazos de mis brazos, cerré los ojos para intentar olvidar todo aquello, pero tener los ojos cerrados no ayudaba a olvidar, tan solo a aplazar. Decidí explorar el cajón y encontré un número de teléfono. Oh sí, lo recordaba bien, era mi viejo número de teléfono.

“¿Lo llamo? Y así olvido un rato... ¡Pero cómo lo voy a llamar! No me importa la vida del que coja el teléfono.”

¡Qué equivocada estaba!

Aquella noche algo me obligaba dentro de mí a marcar ese teléfono, pero yo lo seguía viendo una tontería y sin darme cuenta le di al verde.

-¿Hola?

-Emm...Hola, buenas noches. Me llamo Valentina, a lo mejor me conoces, pero yo a ti no, este era mi antiguo número de teléfono y quería conocer a la persona que se esconde detrás de todo lo que pasaba con 15 años.

-No podrías haber llegado en mejor momento, Valentina. Tengo un problema, tengo que acabar con una vida.- Yo tragué saliva y me asusté:

-¿Cómo?

-Lo que oyes, ayer me subí a un taxi y encontré una vida, moribunda, vagabunda pero fascinante y aterradora en muchos sentidos.

-¿Y por qué quieres matarla?

-No quiero matarla, quiero escribir cómo acaba, cómo soluciona sus problemas, cómo finalmente después de la tormenta sale el sol.

-Me parece genial, pero ¿quieres que te ayude?

-Sí, yo quiero brillar, yo quiero ser una escritora famosa y esta vida me brinda una oportunidad que tengo que aprovechar.- El entusiasmo de esta chiquilla me hacía delirar. Era tan joven, tenía tanta sed de ser escuchada o, mejor dicho, de ser leída. Quería ser alguien. Quería darle al mundo lo que mejor sabía hacer. El optimismo de esta chica me cegaba y me impidió ver ciertas similitudes a mi vida.

-Te voy a ayudar. Dime de qué trata.

-Perfecto. Trata sobre una escritora muy famosa, a la que le ocurren una serie de acontecimientos que hacen que quiera huir de todo, olvidarse de todo lo que fue y volver a empezar de nuevo.

La historia se ha quedado enganchada cuando quiere morirse, ya que el amor de su vida ha fallecido y ha recaído en los malos vicios y lo peor, su abuelo acaba de morir también. ¿Qué le puede ocurrir ahora?

-Necesita volver a escribir. Escribir era lo que le hacía sentirse bien, lo que en cierto sentido le pegaba los pies al suelo para no huir pero también le daba alas para volar muy lejos con su imaginación. Tiene que escribir sobre todo lo que le ha pasado y si su vida ha sido como tú dices, va a ser un best-Seller y así, de esta forma se sentirá liberada, porque al fin y al cabo, escribir ha sido su vida y si para de escribir también se parará su vida.

-Tienes toda la razón, Valentina, voy a hacer que vuelva a escribir.

-Aunque por otra parte, ¿no crees que ya está un poco cansada de todo esto? Al fin y al cabo, está en el hotel California y nunca va a poder salir de los vicios... Habría que juntarla con su marido y su abuelo.

-Cierto...a lo mejor tiene que morir para volver a ser feliz.

-Sí, será lo mejor. Eso es lo bueno de ser escritora, tú puedes decidir lo que van a hacer y a ser los personajes. Eso es lo mejor del mundo, inventarte sus vidas y transformarlas como tú quieras, ser dueño de tu propio mundo.

-Muchas gracias, Valentina. Ahora debo irme, he quedado con Leo para escribir el principio de una historia en alguna fachada, para que las lea todo el mundo.- Entonces yo recapacité. Aquella chica era yo. Era yo con 15 años. Con aquella ilusión y esas ganas de brillar.

-Espera, no te vayas aun. Tienes que saber una cosa. Tienes que hacer una cosa. No bebas del vaso del viejo Lenny o te contagiará una enfermedad. Aunque Mrs. Dorothy sea una mala persona, ella te brindará la oportunidad de conocer al amor de tu vida. No bebas ni te enganches a las drogas. Sigue queriendo tanto a Leo como a la ciudad hipnotizante de Nueva York y lo más importante, nunca dejes de escribir ya que al fin y al cabo, es lo único que te mantendrá viva.

-No entiendo nada de lo que me has dicho, pero gracias, lo haré si me llega la oportunidad.

-Te llegará, tranquila, no la desperdicies. Sobre todo, esta historia que vas a acabar publícala. Te hará grande.

-Encantada de conocerte, Valentina.

-Encantada de conocerte igualmente, Valen.

Colgué el teléfono y predije que sonaría de nuevo, con malas noticias momentos antes ya que según la historia de mi vida, Leo había fallecido. Así fue, el teléfono empezó a sonar y era the Brooklyn Hospital Center afirmando que a Leo le había podido su cáncer.

Entonces yo me dije a mí misma: "Bueno, Valen, ahora ya sabes lo que te toca, tú misma lo has escrito" Llegó la hora de abandonar el hotel California y por fin ser feliz. "Tu misión ha terminado pero a tu historia aun le queda mucho, esto solo va a ser el principio del fin. No tengo miedo, he conseguido brillar y ser alguien."

Eres dueño de tu vida, eres el escritor de tu pasado, presente y futuro. Todo son capítulos de una enorme novela sin índice que no admite ensayos. Escríbela como quieras, pero escríbela bien sin faltas de ortografía y recuerda que después de un capítulo siempre viene otro. Tú decides. Ahí te dejo el bolígrafo y el papel. Eres dueño de tu alma y de tus pasos.

Me asomé por última vez a aquella ventana que me fascinaba desde tan pequeña, todo estaba parado, Nueva York lloraba por mí. Fue una despedida sencilla, no hubo lágrimas "Mi vida está en buenas manos" agarré un cuchillo y... y si las buenas personas mueren de noche... Buenas noches, Nueva York.

FIN